Mientras escribo esta reflexión, Estados Unidos se acerca a la Navidad de 2005. Por todo el país, abogados y contables están recordando a sus clientes que es el momento de realizar sus donaciones anuales con ventajas fiscales. A medida que reciben estas cartas de recordatorio, los destinatarios, cumplidores, se sientan, extienden los cheques y los envían. La mayoría de ellos incluyen mensajes de acompañamiento muy escuetos. Los destinatarios de estos cheques los reciben como parte de sus derechos esperados y no pueden imaginar prescindir de ellos. De hecho, no tienen ninguna expectativa de que se les pueda exigir lo contrario. *Los destinatarios dependen totalmente de estas transferencias y sus remitentes son cómplices, por su imprudencia, de haberlos convertido en tales*. Es evidente que aquí no hay donaciones. Los donantes no sienten una gratitud sincera por sus bendiciones y carecen del deseo de mejorar las vidas de aquellos con quienes pretenden compartir su amor. No se intercambia amor alguno. Más bien, los donantes actúan por el deber de ser buenos administradores con el fin de reducir sus impuestos. Los destinatarios no son más que el medio para lograrlo. En esta tragedia de una relación fallida, los regalos se convierten en transferencias. Hay una diferencia entre un regalo y una transferencia. Un regalo potencia el desarrollo humano e intelectual de otra persona. Una transferencia puede iniciar el descenso de otra persona hacia el estado de victimismo conocido como «derecho adquirido». Cada acto que realizamos hacia otra persona, ya sea de forma individual o a través de nuestro capital social como filántropos, tiene estos dos posibles resultados. En este capítulo se analizarán las diferencias entre hacer un regalo y realizar una transferencia.

La palabra «derecho adquirido» ha cobrado vida en nuestra sociedad moderna como descripción de un estado negativo del ser. Originalmente, tener un «derecho adquirido» significaba ser una persona con un título, un miembro de la aristocracia; también significaba tener los derechos y obligaciones que ese título confería. En la jerga política moderna, esta palabra describe programas que confieren a los ciudadanos el derecho a recibir algo que el Gobierno está obligado, por ley, a darles
. El estado de «tener derecho» describe, en nuestro gobierno, al ciudadano al que estos programas de prestaciones están obligados a beneficiar. En nuestro mundo moderno, dichos programas han creado, en muchos de sus beneficiarios, estados en los que las personas «con derecho» muestran todos los síntomas de dependencia y victimismo. Se trata de síntomas que normalmente asociamos con los beneficiarios extremadamente ricos y disfuncionales de los fideicomisos. Las personas con derecho por parte del gobierno son aquellas cuya vida cotidiana se consume en defender sus derechos sobre cosas que no han creado, sino que les han sido otorgadas por otra persona

. Son personas que, al verse a sí mismas como «con derecho», viven de forma negativa y nunca encuentran un propósito ni una vocación como personas libres. Son personas que culpan a los demás de su condición de dependencia, en lugar de asumir la responsabilidad de la situación en la que se encuentran. Por último, son personas que viven con el temor de perder sus «derechos». Se apegan tanto a las cosas a las que tienen «derecho» que viven en la ilusión de que no podrían existir sin ellas. En este sentido, son víctimas, ya que se ven a sí mismas como dependientes de las acciones de los demás para su bienestar. Son personas cuya dependencia las hace profundamente carentes de libertad. Carecer de libertad es estar sometido a alguna forma de esclavitud. En mi opinión, dejarse atrapar por el «derecho adquirido» es estar esclavizado como ser humano en algún nivel de profundo autoengaño. Lo que me resulta fascinante de los comportamientos de quienes se sienten «con derecho» es que se trata de comportamientos que normalmente muestra la clase adinerada. Estos comportamientos se manifiestan ahora en todas las clases de la sociedad moderna cada vez que se otorgan derechos a través de programas de prestaciones sociales. Me parece interesante que muchos Estados democráticos modernos hayan optado por asignar a casi todos sus ciudadanos un estatus que normalmente solo se asigna a los aristócratas. Quizás, paradójicamente, a medida que nuestra sociedad intenta volverse más igualitaria, en realidad pueda estar volviéndose menos igualitaria.

Ahora está claro, como demuestran las vidas de muchos beneficiarios de los programas de prestaciones sociales, que cualquier acto de un tercero —ya sea el Estado o un individuo— que haga que una persona se vuelva dependiente no conduce a una mayor felicidad individual o social. A lo largo de este capítulo argumentaré que cualquier acto hacia otra persona que comience como una obligación probablemente conducirá a la dependencia y a la merma del espíritu humano; entendiendo por «obligación» el sentido del deber, más que la responsabilidad o la gratitud. Sostendré además que cualquier acción que genere en otra persona un estado de «tener derecho a algo» conlleva, para esa persona, un riesgo significativo de convertirse, a sus propios ojos, en una víctima con una pérdida cada vez mayor de conciencia de sí misma y de libertad personal.

La sociedad, al igual que cualquier donante, haría bien en considerar, antes de realizar cualquier donación, qué derechos y obligaciones confiere dicha donación al destinatario. La sociedad haría bien en empezar por preguntarse qué daño podría causar esta donación a su destinatario antes de preguntarse qué beneficio le puede aportar. La sociedad debería preguntarse si esta donación mejora o empobrece la vida de la persona que la recibirá.

Dado que se trata de una reflexión sobre el problema de los individuos en relación con el derecho a recibir, no me extenderé aquí sobre las cuestiones sociales más amplias, salvo para pedir al lector que valore hasta qué punto los programas de bienestar, al menos en nuestra sociedad estadounidense, han hecho que sus beneficiarios se vuelvan tristemente dependientes.

Pasemos ahora a la cuestión del derecho tal y como afecta al ser humano individual. A lo largo de este capítulo defenderé que:

- *El deber y la responsabilidad de cada ser humano es alcanzar el mayor nivel de autoconciencia, así como la competencia y la libertad personal que de ello se derivan, de las que sea capaz en esta vida*
- *Que la mejor medida de la autoconciencia es hasta qué punto un espíritu humano concreto está libre de ilusiones*
- *«menos uno» en este cálculo equivale a la victimización total, con el yo inconsciente y esclavizado por el autoengaño*
- *el cero es el punto en este cálculo, representado por el aprendiz, alguien que no es una víctima, pero que tampoco es aún capaz de asumir la plena responsabilidad de sus acciones y está dispuesto a aprender;*
- *«más uno» es el estado iluminado en el que el yo puede, con total humildad, asumir la plena responsabilidad de todas sus acciones hacia sí mismo y hacia los demás; actúa movido por la gratitud hacia todos los sabios que le han ayudado a completar su viaje humano para conocerse a sí mismo por completo; al hacerlo, se ha convertido en pura compasión y, por tanto, actúa con compasión hacia todos los demás que buscan alcanzar la misma conciencia de sí mismos.*

Sostendré que, siempre que una persona se siente con derecho a algo, existe un riesgo muy significativo de caer por debajo de cero en esta escala. Sostendré que el estado de «sentirse con derecho» es algo en lo que el yo se convierte a través de las transferencias que recibe de otra persona. En otras palabras, ningún yo nace
«con derecho» a nada. A través del entorno en el que ese yo madura y de las acciones que otros realizan sobre él mediante «dones», ese yo se vuelve libre y consciente.
Por el contrario, es a través de las «transferencias» de los demás como se convierte en alguien que «se cree con derecho» y en alguien que carece de libertad

e inconsciente. Defenderé que el estado del corazón y el desarrollo intuitivo de la persona que realiza el regalo o la transferencia son fundamentales para el impacto que esto tiene en el receptor. ¿Recibe el yo beneficios de la persona que actúa sobre él que conduzcan a una mayor conciencia de sí mismo, competencia y libertad personal, o recibe perjuicios que conduzcan a una mayor dependencia, victimismo y pérdida de libertad? ¿Cae el yo, en última instancia, en el engaño y el autoengaño, en los que el miedo y el deseo de que otra persona «lo arregle» hacen que esta «persona con derecho» deje de ser libre?

«Obligación» es una de las palabras más profundas del idioma inglés. El diccionario Webster afirma que «obligación» y «deber» son en cierta medida sinónimos, pero que «obligación» sugiere una responsabilidad inminente de actuar, un deber a corto plazo, mientras que «deber», como otra forma de obligación, sugiere una responsabilidad a largo plazo. Así, Webster sugiere que dentro de la «obligación» se incluyen los conceptos de «deber» y «responsabilidad», que se ponen en práctica en cualquier situación dada en la que la «obligación» constituya una parte subyacente de la acción que se lleva a cabo. Al estudiar la palabra «obligación», he llegado a comprender que, cuando se aplica a un don, tiene tres niveles de conciencia, no solo los dos que sugiere Webster.

La obligación como deber

Maimónides, un filósofo judío, en su reflexión sobre el acto de dar, enumera ocho etapas del donante (que figuran en el apéndice de este artículo). La etapa más baja del donante es la de quien da a regañadientes y menos de lo que es capaz de dar. Yo equiparo la obligación como deber a este nivel de dar. Aquí el espíritu del donante es limitado e inconsciente. El regalo se ofrece sin el deseo de mejorar la vida del destinatario, sino por obligación; una obligación en el sentido más limitado del deber, motivada por el deseo de no pasar vergüenza socialmente por no hacer nada. Se trata de un sentido de la obligación en el que el espíritu del donante está desvinculado o, peor aún, es activamente hostil hacia el don que se está realizando. En mi opinión, un don de este tipo, a pesar de lo que dice Maimónides, no es un don en absoluto. Se trata más bien de una transferencia, derivada de un deber que no conlleva ningún espíritu positivo en absoluto. No es una transferencia destinada a mejorar nada, sino más bien una obligación que hay que saldar, igual que cualquier otra deuda.

Todas las tradiciones espirituales sugieren que no debemos ser ni prestamistas ni deudores. Todas saben que el espíritu del prestamista o del deudor rara vez está orientado a la mejora y, a menudo, es mezquino

en el mejor de los casos. Una transferencia realizada a partir de este tipo de obligación tiende a hacer que el receptor se vuelva dependiente de ella, con la consiguiente pérdida de identidad y libertad que se deriva de ese estado. Se trata de una obligación hacia una persona a la que el donante no ve en absoluto o a la que ve como una víctima digna de lástima, no como un espíritu que deba ser enriquecido. Ni el donante ni el receptor obtienen una autoestima positiva cuando el donante actúa movido por este sentido de la obligación. Es fácil ver en esta forma de obligación cómo el receptor, al haber sido convertido en víctima a los ojos del donante, llega a considerarse con derecho a estas transferencias. El
receptor podría pensar: «Soy víctima de algún tipo de injusticia que me ha llevado a esta situación, por lo que tengo derecho a que se me compense».

Un ejemplo de esta situación es el fracaso del sistema de bienestar social en Estados Unidos. Este sistema, que se creó por obligación y como un deber, hace que un gran número de personas se vuelvan dependientes, a pesar de que su objetivo era hacerlas independientes. De hecho, genera una enorme burocracia para gestionar sus programas, integrada por funcionarios que a menudo menosprecian a las personas a las que atienden y las ven como seres sin libertad y dependientes, precisamente mientras las están convirtiendo en tales. No hay mejor ejemplo de cómo la ayuda puede conducir a un deterioro de la condición humana y a un aumento del sufrimiento al crear dependencia. Se trata de un caso clásico de causar daño al intentar hacer el bien.

Hubo una época, en los años setenta y ochenta en Estados Unidos, en la que estaba de moda ser una víctima. Me gustaría preguntar a los lectores estadounidenses si, en aquella época, sentían que el espíritu de la sociedad estadounidense se encontraba en un periodo de auge o de depresión. Apuesto a que la mayoría de vosotros diréis lo segundo. Decidir que uno es una víctima es una pendiente resbaladiza hacia el sentido de derecho. Me apresuro a añadir que las personas verdaderamente conscientes de sí mismas tienen el valor y la capacidad de subsanar la injusticia que se les inflige a ellas mismas o a los demás, ya que no se ven a sí mismas como víctimas, aunque se encuentren en las circunstancias más humildes. Estas personas se miran a sí mismas con respeto y asumen la responsabilidad de su situación. No se ven a sí mismas como víctimas con derecho a todo que esperan que alguien más lo arregle por ellas.

Asumir la plena responsabilidad de uno mismo es ser el más libre, tal y como muestra el cálculo que he sugerido. Sentirse profundamente «con derecho» es situarse en el extremo equivocado de ese cálculo. Con demasiada frecuencia, estas tristes mediciones comienzan con la transferencia por parte de otra persona que surge

de la obligación como deber, pero sin espíritu. Tales transferencias, que no son regalos ya que NO SE TRANSFIERE AMOR, son verdaderamente peligrosas tanto para el espíritu de quien da como para el de quien recibe. Creo que es esta forma de transferencia, como deber, la que, en las clases acomodadas, ha llevado a la creación de fundaciones de todo tipo, que a su vez han generado dependencia o adicción a las ayudas en sus beneficiarios; del mismo modo que los programas de asistencia social del Estado han generado dependencia en sus beneficiarios.

Intentemos todos, a partir de hoy, reconocer en todas nuestras donaciones que actuar hacia otra persona desde un estado de obligación como deber no solo es extremadamente peligroso para el espíritu de quienes reciben, sino también para nuestro propio espíritu.

La obligación como responsabilidad

En esta forma de obligación, la persona que realiza una donación se pregunta: «¿Mi donación causará más daño que bien?». En este caso de obligación, vemos que la responsabilidad prevalece sobre el deber hacia los demás. Aquí podemos sentir cómo el cuidado por los demás se abre paso en el corazón y la intuición del donante. El donante actúa aquí como administrador. Según la visión de Maimónides, un donante así se situaría aproximadamente en los niveles cuarto o quinto de la escala de la generosidad. En este caso, el donante conoce y se preocupa por el bienestar del receptor, pero permanece en cierta medida desconectado del resultado del regalo. Un donante así
donante tiene una «mente de principiante», en su intento de hacer donaciones que ayuden y mejoren, pero aún no da desde un profundo sentido de la conciencia de sí mismo. Dar de forma responsable exige que el donante se preocupe activamente por si la donación causará daño a otra persona. Uno de los mayores daños es convertir a otra persona en dependiente, con el riesgo concomitante de que ese espíritu se sienta víctima y, a continuación, se crea con «derecho» a serlo. En este caso, la obligación como responsabilidad lleva al donante a preguntarse si esta donación causará daño antes de preguntarse si hará bien. Permítanme asegurar al lector que plantearse esta pregunta no disuade al
que el donante deje de dar; más bien le permite «apresurarse lentamente». Para mí, este sencillo aforismo representa la responsabilidad hacia los demás en su nivel más elevado. Es necesario actuar si queremos mejorar nuestro propio estado de ser y el de los demás, pero la prudencia, como nos enseñó Aristóteles, es una de las grandes virtudes a la hora de vivir la vida y actuar en ella.1 Además, sugeriría que la obligación como responsabilidad, representada en la donación responsable, lleva consigo la noción de prudencia, equilibrada con el valor y la justicia atenuados

con la misericordia necesaria para dar de forma responsable. [2] Dar es un acto de valentía, debido a los riesgos que puede suponer para el espíritu humano un don como deber —una transferencia, no un don—, tal y como hemos comentado anteriormente. Un don, otorgado de forma responsable, refleja la justicia como misericordia, ya que exige al donante reequilibrar alguna parte de la ecuación humana. Creo que la obligación como responsabilidad se lleva a la práctica de la mejor manera cuando la guían estas tres virtudes: la prudencia, el valor y la justicia atenuada por la misericordia. Un ejemplo de esta forma de dar es el emprendimiento social. En esta forma de filantropía, el donante comprende el riesgo de que su donación pueda causar daño. Estos donantes comprenden la psicología, la sociología y la antropología modernas, así como las dinámicas empresariales, sociales y organizativas actuales. Actúan hacia los demás basándose en la sabiduría adquirida de estas disciplinas. Entienden que cualquier esfuerzo por cambiar el comportamiento humano conlleva el riesgo de que las cosas empeoren y aumente el sufrimiento humano. Por ello, comienzan con cautela, andando con pies de plomo, y buscan un cambio individual gradual en lugar de resultados inmediatos. Programas como aquellos que apadrinan a clases enteras de escolares y les acompañan hasta la universidad son excelentes ejemplos de lo mejor de este tipo de filantropía. Los programas Head Start y el Cuerpo de Paz serían otros ejemplos.

En esta etapa de la obligación, sigue existiendo el riesgo de que un don genere en el espíritu del destinatario un sentimiento de derecho. Sin duda, el riesgo de que eso ocurra se reduce en gran medida en comparación con el de un don realizado desde un estado mental de obligación como deber. Cumplir con las propias responsabilidades de forma consciente y asumir plenamente la responsabilidad de las mismas son las acciones de una persona consciente de sí misma. Llevar esto a la práctica en los regalos que se hacen a los demás es la personificación de la conciencia de uno mismo. Ser especialmente consciente, al dar a otra persona, del riesgo de crear en su espíritu un estado de derecho adquirido, es llevar al más alto nivel la definición de la obligación como responsabilidad hacia el otro.

La obligación como gratitud expresada hacia los demás a través de la compasión y como tal.
Muchos de nosotros conocemos el precepto «a quien mucho se le da, mucho se le exige».[3] Del mismo modo, muchos de nosotros nos sentimos agobiados en lugar de iluminados por ella. La frase suena como un «debería». Yo sugeriría que la obligación que define esta frase es la obligación de ser agradecido y compasivo, no la de «cumplir con nuestro deber». Normalmente, se entiende que esta frase describe el hecho de que se nos den *cosas* y, a continuación, estemos obligados a

compartirlas. Yo sugeriría que ese no es su significado. He llegado a comprender que la frase «a quien mucho se le da» define en realidad los dones espirituales que recibimos originalmente al nacer. Dones que nos permiten desarrollar nuestras capacidades humanas e intelectuales. El capital humano e intelectual en abundancia son los verdaderos dones de un gran espíritu. *Estas son las «cosas» que se nos dan.* Cuando tenemos la suerte de que se nos concedan en gran medida, son estos dones los que se nos exhorta a compartir. Esto es lo que «se espera» de nosotros. Algunos de nosotros «elegiremos bien a nuestros padres», como dijo en tono de broma un miembro de una familia económicamente acomodada, y recibiremos al nacer la bendición de un capital financiero que va mucho más allá de nuestras necesidades. Cuando la conjunción de una gran riqueza económica y un gran capital humano e intelectual se da en un mismo individuo, se crea un escenario más amplio en el que esas personas pueden actuar con verdadera compasión hacia los demás al expresar gratitud por sus dones. [4] Aunque a pocos de nosotros se nos concede un capital monumental, a cada uno de nosotros se nos conceden las bendiciones del capital humano e intelectual. Son estos dones de capital los que, en mi opinión, son relevantes para este mandato que puede aplicarse a todo ser humano.

La obligación como gratitud, expresada hacia los demás como compasión, es un concepto que nos llega desde todas las grandes tradiciones espirituales. La gratitud como compasión no es una cuestión de la mente como intelecto, sino del espíritu como intuición. Aprender a ser agradecido y a expresar esa virtud, en forma de compasión hacia quienes no han sido tan bendecidos como nosotros, es alcanzar la conciencia de uno mismo en su nivel más elevado. Cristo, Buda, los sabios hindúes, los sabios judíos y Mahoma expresaron todos esta verdad. Curiosamente, todos sostenían que la gratitud expresada como compasión es una cuestión del corazón como mente o, si se quiere, del sentimiento, de la intuición, como una forma de vivir y aprender basada en el corazón. Ser verdaderamente agradecido es amar con alegría y sin límites; es ser plenamente compasivo. Para ello, uno debe conocerse plenamente a sí mismo y liberarse gracias a ese conocimiento. Creo que la obligación que se manifiesta a través de la gratitud como compasión conduce a la elevación del propio espíritu y a la elevación de los espíritus de aquellos a quienes toca. Es la práctica del amor hacia el prójimo. Es la esencia de la «philos anthropos» y, por tanto, de la filantropía.

Hace algunos años, Robert Lehman me ilustró sobre este tema en un discurso. El tema de dicho discurso era cómo ser un gran donante en calidad de filántropo. El señor Lehman explicó que ningún don tiene sentido y puede incluso perjudicar al destinatario si

no la realiza alguien que primero haya profundizado en su interior para discernir quién es, y que luego dé a los demás partiendo de ese autoconocimiento. [5] He aquí la esencia de la gran generosidad. Conocerse a uno mismo plenamente debe conducir a la gratitud por esta vida y sus bendiciones, y a compartir en esta vida ese conocimiento. [6] Ese conocimiento, expresado en los regalos a los demás, debe reflejar nuestra compasión por nuestros propios defectos. Esto conduce a un verdadero cuidado hacia los demás a través de nuestro autoconocimiento. Expresaremos a los demás nuestra gratitud por el estado de compasión en el que tenemos la suerte de encontrarnos, gracias a la conciencia de nosotros mismos que experimentamos y la humildad que esta genera. Conocerse plenamente a uno mismo es alcanzar la iluminación respecto al propio estado del ser y al estado del ser de los demás. ¿Cómo podrían entonces nuestros regalos causar daño cuando nos preocuparemos tanto y seremos tan compasivos hacia la complejidad de la condición humana y su sufrimiento? Por supuesto, al ser humanos, seguiremos cometiendo errores, ya que «errar es humano», pero la probabilidad de que estos causen daño se reducirá considerablemente.

La gratitud como amor, la humildad que engendra y la compasión que brota de ella conducen a un profundo deseo de que ningún ser humano caiga en el estado degradado del yo, de sentirse «con derecho a todo», y en la ilusión de victimismo y sufrimiento que surge de ello. Así pues, la persona a la que se le ha dado mucho está obligada por el hecho de que de ella se espera mucho. La obligación, en este sentido, no es un deber ni una responsabilidad; es una obligación expresada como compasión en los actos hacia los demás, por gratitud hacia los propios dones, basada en la profunda conciencia de uno mismo y en la libertad. Como dijo Lehman, profundizar en nuestro interior y luego expresar lo que hemos aprendido sobre nosotros mismos en nuestro trato con los demás —y, en particular, en lo que les ofrecemos— refleja el conocimiento que hemos adquirido de nosotros mismos.

Maimónides, en sus séptimo y octavo niveles de generosidad, expresa estas mismas ideas. En el séptimo nivel, exhorta al donante a dar de forma anónima, sin saber dónde acabará el don y sin que la persona que lo reciba conozca al donante. Aquí el donante actúa puramente por gratitud hacia su propia condición humana y con alegría y pura compasión hacia otra persona, a quien nunca conocerá. Un hermoso ejemplo de esta forma de dar fue la oleada de compasión de personas de todo el mundo ante el

sufrimiento ajeno y las donaciones que surgieron de esa solidaridad tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y del tsunami en el océano Índico en 2004.

En el octavo nivel de la generosidad, encontramos implícito el concepto de ayudar a un ser humano a afrontar un problema para que sea capaz de satisfacer plenamente sus propias necesidades. Este nivel de generosidad queda resumido en el proverbio chino que dice que enseñar a un hombre a pescar le permite alimentarse durante toda la vida, mientras que darle un pez solo le permite alimentarse durante un día. Así, quien da busca una forma de mejorar la condición humana de otra persona durante toda su vida. Maimónides propone una acción positiva para cumplir el mandamiento judaico talmúdico según el cual salvar una vida humana es como si se salvara al mundo entero.
Maimónides nos ayuda en nuestra vida cotidiana a comprender que es preferible ayudar a una persona a «pescar» antes que esperar a que muera de hambre para «salvarla». Se trata de una acción que surge de la gratitud y se expresa como
compasión que responde a la tarea de todo ser humano de salvar vidas y, con ello, reducir el sufrimiento. Es un regalo que eleva al ser humano hacia la independencia, en lugar de una transferencia que genera dependencia. Soy plenamente consciente de que muy pocos de nosotros, *y desde luego yo no*, alcanzaremos en esta vida un nivel de autoconciencia que nos permita expresar plenamente y ser la gratitud como compasión. Este estado del ser es propio del Buda, de Cristo, de los sabios judíos, de Mahoma y de unos pocos seres humanos iluminados como Maimónides, Confucio y Lao Tzu. Sin embargo, no reconocer este nivel de obligación ni intentar alcanzarlo significaría fijar nuestras aspiraciones en lo que estamos «obligados» a hacer a un nivel demasiado bajo. Podemos y debemos, para nuestro propio desarrollo personal, buscar las posibilidades que la gratitud y la humildad que esta genera nos ofrecen para que cada uno de nosotros exprese la compasión —como amor— al interactuar con los demás. Contribuir a reducir nuestro sufrimiento, al alcanzar la mayor autoconciencia y libertad posibles, no solo mejorará nuestras propias vidas, sino que nos ayudará a aliviar con compasión el sufrimiento de los demás.

Un maravilloso ejemplo de seres humanos que actúan hacia los demás con gestos de compasión que ofrecen libertad a quienes los reciben es el programa de microcréditos para mujeres iniciado en Bangladés por Mohamed Yunus a través del Grameen Bank. Se trata de programas en los que quienes han recibido mucho comparten su abundancia con mujeres de todo el mundo que se encuentran entre los más pobres de los pobres. En todo el mundo, estos programas comparten la abundancia con verdadera compasión y comprensión de lo que ayuda a otro ser humano

alcanzar la independencia. Se conceden préstamos a estas mujeres para que puedan crear microempresas. Algunos de estos programas, como Friendship Bridge,[7] incluso ayudan a educar a los hijos de las mujeres que solicitan los préstamos. Teniendo en cuenta los millones de microcréditos que se han concedido y el enorme aumento de la felicidad humana que han experimentado estas mujeres —medido por la mayor independencia y la alegría que ello les aporta—, vemos en acción la compasión, que surge de una profunda conciencia de la condición humana.•

Así pues, sí, estamos obligados, pero no en el sentido de «deber». La obligación como responsabilidad hacia los demás es un estado que todos podemos y debemos alcanzar si queremos que nuestras relaciones con los demás eviten causar daño y, con suerte, aporten algo de bien. La obligación como gratitud es la forma más elevada de la palabra «obligación» y, aunque es una herramienta de autoconciencia que pocos de nosotros alcanzaremos, se erige como un faro de luz que ayuda a aliviar el sufrimiento y hacia el que debemos esforzarnos. La obligación como gratitud expresada hacia los demás en forma de compasión ayuda especialmente a evitar que quien da corra el riesgo, a través de su don, de atrapar a otro ser humano en la ilusión de que es una víctima y, por lo tanto, tiene «derecho» a algo.

En una época en la que unos pocos tenemos la suerte de vivir en la abundancia y tantos otros se ven privados de ella, es obligación de quienes hemos sido bendecidos con la abundancia hacer todo lo posible para ayudar a los menos afortunados a ser más libres. Creo que podemos lograrlo mejor si nuestras ofrendas se entregan con valentía, justicia y, lo más importante, con compasión y con la intención de que se entreguen de manera que combatan las fuerzas que crean la mentalidad de víctima que se cree con derecho a todo. Creo que cada uno de nosotros tiene la obligación de actuar así. Permitir inadvertidamente, a través de nuestros actos, que otra persona asuma la postura de quien se cree con derecho a todo es la antítesis de la exhortación que se nos hace de salvar vidas humanas. Con demasiada frecuencia, nuestros propios actos, al intentar
mejorar, causan daño al reducir la libertad de otra persona en lugar de potenciarla. Crear o facilitar una situación en la que otra persona llegue a sentirse «con derecho» equivale a aumentar el sufrimiento humano. La sensación de tener «derecho» a algo es una condición peligrosa para el espíritu humano. Luchar contra ella es trabajar por la libertad, la conciencia de uno mismo y el florecimiento humano; esta es la profundidad de la expresión de la gratitud como compasión.

Espero que cada lector de este artículo reflexione profundamente sobre:

- de qué manera se siente con derecho a algo y hasta qué punto se considera una víctima
- de qué manera ha contribuido a aumentar o a reducir el sentimiento de victimismo en otra persona, especialmente cuando se expresa como un sentido de derecho;
- de qué maneras ha contribuido a aumentar la libertad personal y la conciencia de sí mismo en otra persona y, por lo tanto, ha reducido la forma en que esa persona se ve a sí misma como víctima
- de qué manera define la obligación, especialmente en lo que se refiere a dar a los demás
- de qué manera expresa a los demás la gratitud como compasión

El aumento de la dignidad humana que se deriva de una mayor libertad y conciencia de sí mismo es la dirección en el cálculo hacia la que se esfuerzan todos los seres humanos. Adquirir el derecho a ser víctima supone avanzar negativamente en el cálculo.

Que cada uno de nosotros, en nuestras vidas y en nuestras interacciones con los demás, se sienta obligado a actuar únicamente hacia el extremo positivo de la escala; hacia una mayor libertad y autoconciencia, tanto nuestra como de los demás, y hacia la felicidad y el pleno desarrollo individual que ello representa.

© James E. Hughes, Jr., 2005

---

1 Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, traducida por J. A. K. Thomson, revisada por Hugh Tredennick, Londres, Penguin Books, 1953.

2 *Ibíd.*

3 Lucas 12:48.

4 En este punto, me gustaría llamar la atención del lector sobre la obra de Paul Schervish sobre los ricos y la filantropía. Schervish, en sus escritos, define a las personas que poseen un capital financiero significativo como «hiperagentes» en sus relaciones con todas las personas con las que están vinculados y con la sociedad en general. Explica que una gran riqueza financiera crea en su propietario una especie de energía poderosa que se irradia para bien y para mal y que aumenta significativamente el impacto de su propietario sobre los demás; actúa mucho más allá de lo que normalmente podrían lograr actos similares realizados por alguien que no disponga de dicho capital. Mi experiencia me dice que Schervish tiene toda la razón. He sido testigo de mucho bien y mucho mal

por parte de esas personas y, siguiendo la idea esclarecedora de Schervish de que los efectos de tales personas suelen ser mucho mayores —debido a su capital financiero— a la hora de influir positiva o negativamente en la vida de los demás, he llegado a comprender que sus acciones suelen tener efectos muy intensos. Creo que todos los que prestamos servicio a personas y familias con un capital financiero significativo haríamos bien en leer las obras de Schervish sobre el concepto de los ricos como «hiperagentes», para poder comprender mejor y asesorar a nuestros clientes sobre los probables impactos más intensos de sus acciones. Gracias, Paul, por esta visión tan importante y por ofrecernos una forma de definirla para que podamos actuar en consecuencia. La mayor parte de la obra de Schervish se puede consultar en su página web www.bc.edu/SWRI.

5 *«El corazón de la filantropía»*, de Rob Lehman, pronunciado en la XII Conferencia sobre Familias del Consejo de Fundaciones, el 23 de febrero de 1998. Adjunto el discurso completo del Sr. Lehman como apéndice de este capítulo, ya que considero que constituye una declaración de cómo la filantropía familiar puede alcanzar su máximo nivel de efecto positivo en aquellos a quienes beneficia. Recomiendo encarecidamente a cada lector que lo lea y lo comparta con su familia.

6 Se podría argumentar que uno podría descubrir que es malvado. No estoy de acuerdo, ya que creo que el mal es una inconsciencia total, tal y como lo analiza y describe M. Scott Peck en su extraordinaria exégesis del mal en su libro **People of the Lie**.

7 Friendship Bridge, 3560 Highway 74, Suite B2, Evergreen CO 80439.

- Los resultados de estos programas ofrecen esperanza a estas mujeres y a sus familias para que, con el tiempo, participen plenamente en la sociedad civil y, de este modo, tal y como nos enseñó Amartya Sen en su extraordinario libro «El desarrollo como libertad», ¡se conviertan en personas libres!

PARTE II

VOCES IMPORTANTES PARA AYUDAR A LAS FAMILIAS EN EL ÁMBITO DEL CAPITAL SOCIAL

Cuando una familia reflexiona sobre sus aportaciones a los demás, desde los niveles más altos de la tabla de Maimónides, ¿qué obra podría resultarle útil para lograr el mayor impacto posible?

Peter Karoff, mi mentor, amigo y fundador de The Philanthropic Initiative (TPI), en Boston, Massachusetts, ha escrito extensamente sobre los retos a los que se enfrentan las familias a la hora de intentar que su filantropía sea estratégica. También ha sido una voz destacada a la hora de explicar la naturaleza de las iniciativas sociales. Puedes encontrar muchos de los escritos de Karoff en www.TPI.org.

Virginia Esposito, del Centro Nacional para la Filantropía Familiar, en Washington, D.C., ha escrito un magnífico libro sobre cómo poner en marcha una iniciativa filantrópica familiar titulado:
«Splendid Legacy, la guía para crear tu fundación familiar».

Charles Collier, asesor filantrópico sénior del Harvard College, mi amigo y colega, ha ayudado a muchas familias a descubrir y expresar sus valores con el fin de que puedan llevar a cabo mejor su labor filantrópica. Su libro «*Wealth in Families*» es una guía muy útil sobre este tema.

Deanne Stone ha escrito una maravillosa historia sobre la filantropía de una familia y su formación en un folleto titulado *«Fomentar la unidad familiar a través de la generosidad: la historia de la Fundación Nameste*». El folleto se puede obtener en el Whitman Institute, en San Francisco, California.

Christine W. Letts, **William P. Ryan y Allen Grossman** ofrecen un libro titulado *«High Performance Non-Profit Organizations*». Se trata de un texto muy útil para la gestión de organizaciones sin ánimo de lucro.

Tr**acy Gary,** una de las grandes filántropas de nuestro tiempo, y su colega **Melissa Kohner**, nos han regalado un maravilloso manual titulado *«Filantropía inspirada: cómo crear un plan de donaciones».*

Susan Kenny Steven, un libro titulado *«Non-Profit Lifecycles: Stage Based Wisdom for Non-profit Capacity».* Una herramienta de evaluación fantástica para que las familias la utilicen en sus

iniciativas filantrópicas para responder a preguntas como «¿Cómo lo estamos haciendo?» y «¿En qué etapa de evolución como organización nos encontramos?».

Kathryn Fulton y **Andrew Blau** son coautores de un libro titulado *«Mirando hacia el futuro: una orientación para los filántropos del siglo XXI*». Ofrece una visión profunda del estado actual de la filantropía en Estados Unidos y de sus retos en el nuevo siglo.

Paul Schervish y su colega, *John J. Havens,* elaboraron en 1999 un artículo titulado *«Los millonarios y el milenio: nuevas estimaciones sobre la próxima transferencia de riqueza y las perspectivas de una edad de oro de la filantropía».* » En este artículo, Schervish y Havens ofrecen cifras fascinantes sobre los billones de dólares que se transferirán dentro de las familias en los próximos 50 años y las cantidades que, probablemente, de esas transferencias se destinarán a la filantropía.

ANEXO A

LOS OCHO NIVELES DE FILANTROPÍA DE MAIMÓNIDES

Ayudar al beneficiario a valerse por sí mismo mediante una donación o un préstamo, o ayudándole a encontrar empleo

Dar sin saber a quién se da, de modo que el beneficiario tampoco conozca la identidad del donante

Dar sin revelar la propia identidad

Dar sin saber a quién se da, aunque el destinatario pueda conocer la identidad del donante

Dar antes de que se te pida

Dar lo que se debe, pero solo después de que se te haya pedido

Dar menos de lo que se debería, pero con
amabilidad. Dar a regañadientes o con pesar.

ANEXO «B»

«El corazón de la filantropía», de Rob Lehman.
Presentado en la XII Conferencia de Fundaciones
Familiares del Consejo de Fundaciones, el 23 de
febrero de 1998

I. Un anhelo del corazón

Es un verdadero placer estar con vosotros esta tarde. Me gustaría comenzar con una breve reflexión en forma de poema del poeta persa del siglo XIII, Rumi, traducido por Coleman Barks. Tras el poema, os invito a que nos tomemos un momento de reflexión en silencio antes de continuar.

El título del poema es:

La verdadera labor

Hay una cosa en este mundo que nunca debes olvidar hacer. Si olvidas todo lo demás y no esto, no hay nada de qué preocuparse; pero si recuerdas todo lo demás y olvidas esto, entonces no habrás hecho nada en tu vida.
Es como si un rey te hubiera enviado a un viaje para realizar una tarea, y tú llevaras a cabo otros cien servicios, pero no aquel para el que te envió. Así pues, los seres humanos vienen a este mundo para realizar una labor concreta. Esa labor es el propósito, y cada una es específica de cada persona.
Dices: «Pero yo dedico mis energías a empresas nobles. Estudio jurisprudencia y filosofía… y medicina y todo lo demás». Pero reflexiona sobre por qué haces esas cosas. Todas ellas son ramificaciones de ti mismo… Recuerda la raíz profunda de tu ser.

Esta tarde me gustaría compartir algunas reflexiones que surgen de mi experiencia personal
La experiencia de este viaje: el viaje para «recordar la raíz profunda de nuestro ser». Solo soy

solo una persona. No soy un experto. Solo puedo ofrecer lo que creo que estoy aprendiendo de mi experiencia, de mi lucha interior con la filantropía a lo largo de los últimos 25 años.

Creo que la esencia de lo que estoy observando es un papel de liderazgo emergente de la filantropía a medida que entramos en el siglo XXI; un papel de liderazgo que está naciendo a través de la labor de las fundaciones familiares y la filantropía familiar. Estoy convencido de que está surgiendo una comprensión más profunda del propósito de la filantropía. Este propósito es, en esencia, el reto espiritual de establecer una relación consciente entre la vida interior de la mente y el espíritu y la vida exterior de la acción y el servicio.

Con la propia supervivencia de las personas y del planeta en peligro, se nos llama a integrar conscientemente el espíritu en todos los aspectos de nuestras vidas. Esta es la labor de la vida interior de nuestra cultura. Este es el corazón de la filantropía.

Se dice que, para Gandhi, la vida pública no era laica, sino sagrada. El reto para la filantropía —lo que quiero llamar nuestra labor común— consiste en reunir lo sagrado con lo laico, el mundo interior del espíritu con el mundo exterior del servicio. Al igual que Gandhi, debemos recuperar una profunda reverencia y conciencia de cómo la dimensión interior de la existencia humana (nuestros valores, sentido y propósito compartidos) se relaciona con nuestra acción pública.

Sin embargo, ¿cómo podemos hablar de la relación entre la espiritualidad y la vida pública en una sociedad que, con toda razón, ha erigido un muro constitucional entre la religión y el Estado? En su fascinante nuevo estudio sobre Thomas Jefferson, *America Sphinx: The Character of Thomas Jefferson*, Joseph Ellis señala que el autor de la doctrina de la separación entre Iglesia y Estado, en el primer borrador de la Declaración de Independencia, escribió:

«Sostenemos como "sagradas" estas verdades: que todas las [personas] son creadas iguales; que su Creador les ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad…»

Benjamin Franklin convenció a Jefferson para que cambiara la palabra «sagrado» por «evidente por sí mismo». Me pregunto qué significaría para nuestra cultura si «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» se consideraran de verdad sagradas, tal vez como sacramentos humanos —«signos externos y

signos visibles de una gracia interior y espiritual», si empezáramos a preguntarnos cuál es la relación entre nuestra vida interior y nuestra vida exterior; entre nuestra libertad interior y nuestra libertad exterior; entre nuestra felicidad interior y nuestra otra felicidad?

De hecho, estas son las preguntas que parecen surgir cada vez más en nuestra labor como fundación. Estamos siendo testigos de un anhelo por lo sagrado en casi todos los ámbitos: en el derecho y la medicina, en los negocios y la acción social; en los colegios de primaria y secundaria e incluso en las universidades. Algunos lo llaman «espiritualidad», otros lo llaman «la vida interior», pero independientemente de su
denominación, este anhelo guarda relación con las necesidades urgentes de la sociedad. Las fundaciones familiares han sido las abanderadas de este movimiento espiritual. Existe la sensación generalizada de que, a finales de este siglo, podríamos estar viviendo una reorientación de nuestra cultura hacia lo sagrado.

Solo en los últimos cinco años, las ventas de libros de temática espiritual han aumentado un 800 por ciento. Una encuesta reciente patrocinada por el Instituto Fetzer y el Instituto de Ciencias Noéticas revela que 44 millones de estadounidenses forman parte de una constelación cada vez mayor de personas que vinculan su propio crecimiento espiritual con su vida de servicio y acción social.

Dan Yankelovich señala que el porcentaje de la población que considera el crecimiento espiritual como un valor fundamental en sus vidas ha pasado del 53 % al 78 % en tan solo los últimos tres años. Y solo el 6 % de este grupo se considera de la Nueva Era. Se trata de un movimiento mayoritario.

En un número especial de la revista Sunday New York Times Magazine del pasado diciembre, los editores señalaron que «se está produciendo un cambio notable en la naturaleza de la fe y el culto [en Estados Unidos]», que una nueva generación de fieles mira más allá de las instituciones religiosas,
e integra la espiritualidad en la vida cotidiana y ordinaria. Tal y como lo expresa el Sunday Times, «Dios se está descentralizando».

¿Qué tipo de espiritualidad es esta que parece extenderse más allá de las puertas de nuestras iglesias, sinagogas y templos?

Quizá sea lo que Su Santidad, el Dalai Lama, describía recientemente cuando dijo:

Creo profundamente que debemos encontrar, todos juntos, una nueva espiritualidad. Necesitamos un nuevo concepto, una espiritualidad laica. Este nuevo concepto debería elaborarse junto con las religiones, de tal manera que todas las personas de buena voluntad puedan adherirse a él… (concluye con énfasis) Creo profundamente en ello, y creo que lo necesitamos para que el mundo pueda tener un futuro mejor.

El lenguaje de este despertar espiritual apenas está surgiendo. Como todos sabemos, es difícil hablar de asuntos espirituales. Diane Sawyer cuenta la historia de una niña de seis años que cursaba primer curso. La profesora de plástica pidió a los niños que dibujaran lo que quisieran. La niña estaba profundamente absorta en su dibujo y no oyó a la profesora decir que era hora de parar. La profesora se acercó a su pupitre y le preguntó amablemente: «¿Qué estás dibujando?». «Estoy
dibujando una imagen de Dios», respondió ella. La profesora dijo entonces: «Pero nadie sabe qué aspecto tiene Dios». La niña respondió con una sonrisa: «Lo sabrán cuando termine».

Por supuesto, la profesora tenía razón: no sabemos qué aspecto tiene Dios. (Quizá necesitemos tener los ojos y la visión de una niña de seis años…) No disponemos de un lenguaje moderno adecuado para hablar de espiritualidad. Sin embargo, nuestra torpeza no debe impedirnos intentar comprender lo espiritual y lo sagrado. Hay demasiado en juego. Debemos ser lo suficientemente valientes como para buscar, más allá de las apariencias, una realidad más profunda en la que podamos abordar las raíces de nuestros problemas.

199 Main Street, Suite 3 – Northampton, Massachusetts 01060 Tel.: (413) 582-0071 – Fax: (413) 582-1330

«El corazón de la filantropía», por Rob Lehman.
Ponencia pronunciada en la XII Conferencia
sobre Fundaciones Familiares del Consejo de
Fundaciones, el 23 de febrero de 1998

II. Argumentos a favor del trabajo común

Cuando, como fundaciones, nos preguntamos cómo podemos mejorar las condiciones del mundo, nuestra mente suele recurrir a cuestiones como: ¿Cómo podemos involucrar a más personas, a más naciones,

en la labor de hacer el bien? ¿Cómo podemos movilizar la ciencia y la tecnología en beneficio de la civilización? ¿Cómo aportarán prosperidad al mundo las economías de mercado?

Estoy convencido de que los historiadores considerarán el siglo XX como un período en el que nosotros, como seres humanos, intentamos de forma organizada poner remedio a los males de nuestro mundo. Sin embargo, los problemas a finales de este siglo siguen creciendo a un ritmo cada vez mayor. A pesar de los billones de dólares que se gastan (solo las fundaciones estadounidenses gastaron unos 15 000 millones de dólares en 1997), la realidad es que los enfoques, programas y proyectos modernos solo están teniendo un impacto limitado. En algunos aspectos, especialmente a través de la ciencia y la tecnología, hemos avanzado más allá de nuestros sueños más ambiciosos; sin embargo, todas estas innovaciones modernas, aunque importantes y necesarias, no son suficientes.

Quizá, al reflexionar sobre este siglo, lleguemos a darnos cuenta de que no basta con convencer a nuestras naciones de que hagan el bien. Debemos aprender mucho más sobre cómo se hace el bien. Debemos aprender mucho más sobre la sabiduría de hacer el bien.

Thomas Merton lo expresó así:

Si intentamos actuar y hacer cosas por los demás o por el mundo sin profundizar en nuestro propio conocimiento de nosotros mismos, en nuestra propia libertad, integridad y capacidad de amar, no tendremos nada que ofrecer a los demás. No transmitiremos más que el contagio de nuestras propias obsesiones, nuestra agresividad y nuestras ambiciones egocéntricas.

- Las dimensiones espirituales de nuestras vidas influyen en nuestra salud física.
- Los movimientos espirituales de base en los que decenas de millones de personas se reunían en pequeños grupos para tomar mayor conciencia de cómo su vida interior afecta a sus acciones, aprendiendo a integrar más plenamente en sus vidas los valores del cuidado y las relaciones y, por último,
- La liberación de lo femenino, que mostraba cómo la cultura entendía la realidad desde una perspectiva más profunda y relacional.

Lo que quiero sugerir es que, dentro de mil años, los historiadores bien podrían señalar el papel clave de la filantropía a la hora de responder a este movimiento y de fomentar este periodo de

cambio. Podrían decir que, a medida que el siglo XX llegaba a su fin, la propia filantropía comenzó a ejercer un liderazgo consciente en la vida de servicio —en la labor por la paz, la justicia y el medio ambiente—.

Atrevámonos al menos a preguntarnos: «¿Qué queremos que los historiadores, al mirar atrás, digan que fue nuestra contribución a principios del siglo XXI?».

Para ello, me gustaría centrar el resto de mi intervención en el propósito esencial de la filantropía y en cómo creo que nosotros, como instituciones y como individuos, estamos llamados a responder a ese propósito.

199 Main Street, Suite 3, Northampton, Massachusetts 01060
tel.: (413) 582-0071 fax: (413) 582-1330

«El corazón de la filantropía», de Rob Lehman.
Ponencia pronunciada en la XII Conferencia
sobre Fundaciones Familiares del Consejo de
Fundaciones, el 23 de febrero de 1998

III. El donante y el don: amor y dinero

La filantropía moderna aúna dos conceptos aparentemente irreconciliables: el amor y el dinero. Estos son los aspectos internos y externos inevitables de nuestro trabajo. La palabra «filantropía», como sabemos, significa «amor a la humanidad». Pero si leyéramos todos los informes anuales de todas las fundaciones de los últimos diez años, apostaría a que nos costaría mucho encontrar la palabra «amor» mencionada más de diez veces. La verdad es que vivimos en una época de confusión en torno a esta palabra. Nos enseñaron que el amor es preocuparse y actuar por el bien de los demás. Lo que estamos aprendiendo en este siglo es que, cuando no somos conscientes de nuestra vida interior y de sus motivos enredados, actuar partiendo de lo que creemos que son buenas intenciones puede que no sirva realmente al bienestar de los demás. Aun así, el amor es nuestra vocación como filántropos. ¿Cuándo descubriremos cómo el amor puede convertirse en el principio central de nuestro trabajo?

Permítanme sugerir que el amor es el único puente verdadero entre la vida interior y la vida exterior. El amor, y no el dinero, es la verdadera moneda de la filantropía. Pero, por supuesto, en la sociedad moderna el instrumento de la filantropía es el dinero. Así pues, surge una pregunta más profunda: ¿es posible que el dinero sea un conducto del amor?

Mi impresión es que quienes se dedican a la filantropía familiar poseen una sabiduría particular que pueden transmitir a otros en esta labor de establecer una relación adecuada entre el dinero y el amor. Para la mayoría de nosotros, nuestra familia es la verdadera escuela del espíritu, donde estamos matriculados en un curso que solo puede enseñarse desde dentro hacia fuera. En cierto modo, quienes forman parte de fundaciones familiares se han estado preparando para los retos morales y espirituales de la filantropía; vosotros comprendéis mejor que la mayoría este crisol del amor y el dinero.

Permítanme compartir un poco de mi experiencia. Cuando empecé a trabajar para una fundación, recuerdo que caí con mucha facilidad en la inocencia de la arrogancia altruista. Con los recursos financieros disponibles y nuestro gran sentido de la misión, empecé a creer de verdad —mientras me cortejaban constantemente y me trataban como a alguien especial— que los programas que financiábamos podían resolver los problemas que existen ahí fuera. Pero, poco a poco, empecé a darme cuenta de que, a medida que los «beneficiarios» —por muy bienintencionados que fueran— se amoldaban a los problemas que queríamos resolver, se producía una ruptura en la comunicación abierta y sincera, y se perdía la verdadera reciprocidad.
Cuando la dinámica de la relación pasó a basarse principalmente en «nosotros y ellos», «los que tienen y los que no tienen», pude percibir cómo surgían el miedo y la desconfianza. A medida que los beneficiarios y yo empezábamos a tratarnos mutuamente como medios para alcanzar fines, como objetos con los que elaborar estrategias, sentí que me veía arrastrada hacia la política del dinero que, con razón, tanto temía.

¿Cómo podemos mantenernos fieles a nuestra profesión y conservar la autenticidad de nuestras relaciones, al tiempo que trabajamos constantemente a la sombra del dinero? Este es uno de nuestros mayores retos.

En los últimos años he empezado a comprender —aunque no siempre consiga mantenerlo— una forma en la que el dinero puede ser un instrumento para el espíritu, y no una barrera para la virtud humana. Implica poner nuestras
relaciones en el centro. Déjame intentar explicarlo. Lo que he empezado a comprender es, sencillamente, esto: que el efecto del dinero depende de la naturaleza de la relación entre el

quien da y quien recibe, y que cada vez que intercambiamos dinero, es una manifestación de la calidad de nuestras relaciones.

Sé que, en mi propio camino, he recorrido esta ruta de donante a receptor muchas veces, siempre a través de lo que Helen Luke llama «el puente de la humildad». Me parece que me encuentro en este puente cuando, en mi impotencia, empiezo a ver esos «problemas externos» como
dificultades que también han existido en mi propia vida. Como dice el refrán tibetano: «La grieta en el corazón deja entrar el misterio». Y es precisamente aquí, con humildad —en las grietas de mi pensamiento, en las grietas de mi orgullo, en las grietas de mi corazón— donde empiezo a descubrir las semillas de mi humanidad creciendo en las vidas que me rodean y, cuando soy capaz de aceptarlo, bueno, entonces, de alguna manera, todo da un giro, y la plenitud de la vida que se encuentra en los demás comienza a desplegarse en mí.

Gandhi dijo una vez que no comprendió los problemas de la India hasta que se comprendió a sí mismo. Al decir esto, nos recuerda que lo primero que hay que hacer es explorar el mundo más cercano a nosotros: el mundo que hay dentro de nuestros propios corazones.

Sin esta comprensión interior, estoy convencido de que, por muy innovadores que sean nuestros programas, por mucho dinero que se gaste con las mejores intenciones, si la relación a través de la cual se transfiere el dinero no existe en plenitud y libertad, no habremos intercambiado nada, como dice Thomas Merton, salvo nuestras propias ambiciones, miedos e ilusiones egocéntricas.

Si aceptamos esta definición del dinero centrada en las relaciones, si aceptamos que los problemas que intentamos resolver también existen dentro de nosotros mismos, entonces podemos ver que, cuando intercambiamos dinero —incluso cuando la intención es el bien supremo—, el intercambio de quiénes somos es la letra pequeña que nadie lee nunca en la transacción.

Debemos reconocer que vivimos en un mundo ligado al intercambio de dinero. Y si es así, debemos ser conscientes de lo que expresamos con cada intercambio. Debemos mantenernos alerta y comprender que la autenticidad de nuestras relaciones en torno al dinero es más importante que mantener el poder del dador sobre el receptor.

Creo que la pregunta clave es: ¿cómo podemos apartarnos a nosotros mismos y a nuestras instituciones del centro de nuestras relaciones y descubrir, en su lugar, nuestro trabajo común?

199 Main Street, Suite 3 – Northampton, Massachusetts 01060
tel.: (413) 582-0071 – fax: (413) 582-1330

«El corazón de la filantropía», de Rob Lehman.
Presentado en la XII Conferencia de Fundaciones
Familiares del Consejo de Fundaciones, el 23 de
febrero de 1998

IV. La vida interior de las instituciones y las personas

El año pasado aprendimos mucho sobre esto en el Instituto Fetzer, mientras reevaluábamos nuestra misión principal. Como la mayoría de las organizaciones, la primera pregunta que nos planteamos fue: «¿Qué nos hace únicos? ¿Cuál es nuestro propósito distintivo?». Debí de escribir cinco o seis borradores basados en numerosas conversaciones con el personal y los miembros del consejo de administración, tratando de captar qué es lo que diferencia al Instituto Fetzer. Pero ninguno de esos borradores sonaba auténtico.

Irónicamente, cuando parecía que nos habíamos quedado sin opciones, nos encontramos ante un nuevo comienzo. Como dijo Henry Kissinger: «A menudo llegamos a la elección correcta solo después de haber agotado todas las demás posibilidades». Ahora que estábamos agotados, de repente había
de repente suficiente luz para vernos más plenamente reflejados en los demás. Porque llega un momento en la vida de una organización, al igual que en la de cada uno de nosotros, en el que empezamos a desplazar nuestra atención principal de la pregunta de qué nos hace distintos y únicos hacia la pregunta de cuál es el propósito más amplio que compartimos con los demás. Y así, a medida que empezamos a entendernos a nosotros mismos como parte de algo más grande, nuestra verdadera identidad se perfila con claridad.

Pero las organizaciones, al igual que las personas, son muy propensas a la inflación del ego. Para darnos cuenta de ello, solo tenemos que reconocer nuestros interminables patrones de manipular la realidad para que se ajuste a nuestras propias metas y objetivos organizativos. Queda muy claro que, cuando todo gira exclusivamente en torno a los propósitos y misiones de nuestras instituciones, el dinero

se convierte en una forma organizativa de gravedad que remodela la realidad a nuestra imagen y semejanza. Todo esto me lleva a sugerir que necesitamos un cambio copernicano en nuestras vidas organizativas. Porque, aunque hace ya casi 500 años que se dejó de considerar a la Tierra como el centro de nuestro universo, las organizaciones siguen viéndose a sí mismas en el centro de los mundos en los que operan.

Lo que sugiero es que, mientras nuestras instituciones permanezcan en el centro, nuestras relaciones en torno al dinero se verán lastradas por apegos al ego que bloquearán cualquier posibilidad de verdadera colaboración. Y el mundo es demasiado complejo y los recursos demasiado escasos como para ir por libre.

Debemos encontrar mejores formas de colaborar. La verdadera colaboración es algo más que reunir recursos financieros e intelectuales en torno a un objetivo común. Al fin y al cabo, una colaboración que se base en los recursos de la mente y el dinero, pero no en los recursos de la gracia, solo servirá para cambiar los muebles de sitio.

La verdadera colaboración requiere una transformación fundamental en la forma en que concebimos la esencia de nuestra vida institucional. Este cambio crucial exige una comprensión más profunda del término «poder». El American Heritage Dictionary señala que, en su origen, la palabra «poder» significaba «ser capaz de ser». Con el tiempo, pasó a significar «ser capaz de hacer». Esto refleja una transición de significado: de un enfoque en la vida interior —la capacidad de ser— a un enfoque en la vida exterior —la capacidad de hacer—. Este cambio en el significado del poder refleja un desequilibrio que todos hemos sufrido, un desequilibrio que está en la raíz de muchos de nuestros problemas. Lo que estamos empezando a comprender es que esta vida unida de espíritu y servicio requiere recuperar la relación entre el poder de ser y el poder de hacer. Como dice una antigua máxima cristiana: «la acción sigue al ser».

En última instancia, unir la vida del espíritu y el servicio requiere una nueva forma de lógica, una lógica del espíritu, que nos exhorta a tender un puente entre la vida interior y la exterior; aportando una dimensión interior a los principios elementales de la vida institucional. Por ejemplo, la lógica institucional tradicional sostiene que primero se define el propósito y luego se estructura una organización para llevarlo a cabo. Pero la lógica del espíritu sugiere que la primera pregunta no es «¿cuál es nuestro propósito?», sino «¿cómo vamos a convivir?». Esto nos obliga a comprender que nuestra

visión institucional incluye no solo lo que vemos, sino, más esencialmente, nuestra capacidad de ver; que nuestras estrategias institucionales incluyen no solo lo que hacemos, sino, más sustancialmente, quiénes somos; y que nuestra evaluación institucional incluye no solo lo que logramos, sino, más fundamentalmente, como observó la Madre Teresa, nuestra fidelidad.

Es a través de este ligero cambio de perspectiva como descubriremos nuestra labor común. Pero, ¿en qué consiste esta labor que compartimos? En esta conferencia hay muchas fundaciones con fines diversos: algunas se dedican a la educación, otras a la lucha contra la injusticia, otras a la salud, otras al medio ambiente, otras a la religión y otras a las artes. En la vida exterior somos, sin duda, tremendamente diversos, pero lo que sugiero es que es al contemplar nuestra labor desde dentro hacia fuera cuando descubriremos lo que tenemos en común. Descubriremos nuestra labor común al reconocer que no podemos abordar los grandes problemas del ámbito público sin ocuparnos de nuestras propias cuestiones espirituales en el ámbito personal. Para llevar a cabo la labor, debemos ser la labor misma; esa labor tan personal de explorar las partes más profundas y sagradas de nuestras vidas.

Realizamos nuestro trabajo común juntos precisamente en ese nivel en el que confiamos en que cada uno de nosotros se encuentra en un viaje interior y en el que nos apoyamos mutuamente a lo largo del camino. Y así, es a través de esa exploración de las profundidades de nuestro pozo personal como descubrimos el manantial común que alimenta todos los pozos.

Es a través de la conciencia de esta profunda conexión interior como nos liberamos para actuar con amor auténtico. De lo contrario, nos limitamos a reaccionar y nos dejamos seducir por la prisa de hacer sin cesar —lo que Thomas Merton denominó una «forma omnipresente de violencia moderna»—. Escucha su reflexión.

El ajetreo y la presión de la vida moderna son una forma —quizá la más común— de su violencia innata. Dejarse llevar por una multitud de preocupaciones contradictorias, rendirse ante demasiadas exigencias, comprometerse con demasiados proyectos, querer ayudar a todo el mundo en todo es sucumbir a la violencia. El frenesí del activista neutraliza su labor en favor de la paz.

Así pues, por supuesto, la pregunta es: ¿cómo? ¿Cómo resistimos la violencia de la actividad incesante? En palabras benedictinas: ¿Cómo se convierte nuestro trabajo en oración?

Son nuestras prácticas espirituales las que nos arraigan en la vida cotidiana y en el mundo real, en lugar de separarnos de ellos. Nuestras prácticas de oración, meditación, atención plena y silencio nos ayudan a ver la vida tal y como es, evitando el romanticismo, por un lado, y el cinismo, por otro. Cuando se integran en nuestra vida cotidiana —desde despertarnos, comer y trabajar hasta la jardinería y los paseos—, las prácticas espirituales nos ayudan a ver con sabiduría y a actuar con compasión.

199 Main Street, Suite 3, Northampton, Massachusetts 01060
Tel.: (413) 582-0071 Fax: (413) 582-1330

El corazón de la filantropía, por Rob Lehman.
Ponencia pronunciada en la XII Conferencia de
Fundaciones Familiares del Consejo de
Fundaciones, el 23 de febrero de 1998

V. El corazón de la filantropía

Me gustaría concluir haciendo referencia a un discurso reciente de Marian Wright Edelman en el que recordaba un artículo que Lee Atwater, antiguo líder del Partido Republicano, escribió hace siete años, poco antes de fallecer a los 40 años a causa de un cáncer. Creo que las palabras de Lee Atwater expresan la verdad que he intentado transmitir hoy

«Mucho antes de que me diagnosticaran cáncer, sentía que algo acechaba a la sociedad estadounidense. Era una sensación que calaba entre la gente del país —tanto republicanos como demócratas—: que a sus vidas les faltaba algo, algo crucial. Yo intentaba posicionar al Partido Republicano para sacar partido de ello, pero no tenía muy claro qué era exactamente. Mi enfermedad me ayudó a darme cuenta de que lo que le faltaba a la sociedad era lo mismo que me faltaba a mí: un poco de corazón y mucha hermandad. Los años ochenta se caracterizaron por la acumulación: la acumulación de riqueza, poder y prestigio. Sé que acumulé más que la mayoría, pero puedes acumular todo lo que quieras y seguir sintiéndote vacío. ¿Qué poder no cambiaría yo por un poco más de tiempo con mi familia? ¿Qué precio no pagaría por una velada con amigos? Hizo falta una enfermedad mortal para que me enfrentara cara a cara con esa verdad. Pero es una verdad que el país, atrapado en sus ambiciones despiadadas y su decadencia moral, puede aprender de mi muerte. (Concluye con una invitación).

No sé quién nos guiará a lo largo de los años ochenta y noventa, pero hay que hacer que se pronuncien sobre este vacío espiritual que se encuentra en el corazón de la sociedad estadounidense. Este tumor del alma».

¿Quién nos guiará? ¿Quién aceptará esta invitación «a abordar el vacío espiritual en nuestros corazones?» Creo que conocemos a nuestro líder para el siglo XXI. Cada uno de los que estamos sentados en esta sala, y todos aquellos que nos sigan, debemos aceptar este reto de liderazgo; este liderazgo desde dentro que une la vida interior del espíritu con la vida exterior del servicio.

Y cuando lo hagamos, descubriremos lo que nos han enseñado las grandes tradiciones espirituales, y es que, sencillamente, a medida que potenciamos nuestra capacidad interior de plenitud y libertad, fortalecemos nuestra capacidad exterior de amar y servir. Esta es nuestra labor común. Esta es la llamada al corazón de la filantropía.

199 Main Street, Suite 3, Northampton, Massachusetts 01060
tel.: (413) 582-0071 fax: (413) 582-1330